

Michel de Montaigne  
Ensayos  
Antología

Traducción, selección, prólogo y notas de  
Mauro Armiño

**Alianza** editorial

Título original: *Essais*

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo, selección, traducción y notas: Mauro Armiño, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-1148-887-7

Depósito legal: M. 24.561-2024

Printed in Spain

## Prólogo

En su dedicatoria de los *Ensayos* dirigida «Al lector», Michel de Montaigne (1533-1592) parece orientar el contenido de su libro al relato de hechos autobiográficos: pretende que se lo vea «en mi manera de ser simple, natural y ordinaria, sin afectación ni artificio: porque es a mí mismo a quien pinto». Pero a lo largo de los tres libros en que organizó sus *Ensayos* el lector apenas puede saber algo de la vida de su autor, del hombre público, del hombre político, del pormenor de sus actos externos vitales; muy de pasada, a veces en apenas dos líneas, se referirá a algunas de sus intervenciones en la vida francesa, o aludirá también sin informar del contexto de su actividad pacificadora a las guerras civiles de religión que asolaron en ese momento el país. Para colmo, gran parte de los datos de que disponemos son conjeturas, por ejemplo, sus estudios de derecho, que probablemente realizó en Toulouse, donde vivía su familia materna, o quizás en París. Si algo dice complacido sobre las relaciones que mantuvo con su padre, guarda silencio absoluto sobre las presuntamente difíciles que lo unieron —o lo distanciaron— de su madre, a la que apenas cita a lo largo de las mil quinientas

páginas aproximadamente de los *Ensayos*: Antonine se esforzó como buena intendente y gestora de la economía y la fortuna familiar, por acrecentar esta, mientras veía que su hijo se limitaba a disfrutar tranquilamente de ella, sin aportar un trabajo que la aumentase. Nada sustancioso dice tampoco sobre sus hermanos, a los que rara vez cita.

Para conocer la vida *pública* de Montaigne, al hombre *exterior*, hay que salir del texto de los *Ensayos* y recurrir a otras fuentes. Nacido un 28 de febrero de 1533 en un castillo-fortaleza familiar comprado por su abuelo, es el tercer hijo, y el primero que sobrevive, de Pierre Eyquem de Montaigne (1495-1568) —miembro de una burguesía mercantil ennoblecida desde la adquisición del señorío de Montaigne, formado por un castillo-fortaleza y tierras colindantes, por Ramon Eyquem, bisabuelo del escritor—, y de Antonine de Louppes de Villeneuve (nacida en 1514, sobrevivirá a su hijo para morir en 1601), que pertenecía a una de las muchas familias de marranos —judíos conversos sospechosos de seguir practicando su antigua religión—, oriundos de Zaragoza (España), instaladas a partir de finales del siglo xv en Toulouse; no sin motivo, a los antepasados de esta mujer pertenecía Pablo López de Villanueva, judío quemado vivo en 1491 por la Inquisición española. Estos emigrados López de Villanueva (apellido original) también se dedicaron con éxito al comercio; se integraron perfectamente en la sociedad cristiana francesa y en las costumbres de su nueva nación, hasta el punto de sospecharse que Antonine profesó la religión protestante.

A Pierre Eyquem no le bastaba pertenecer a la nobleza mercantil; intervino en la vida pública de Burdeos como consejero municipal y más tarde alcalde (1554), y acompañó al rey Francisco I en la campaña de Italia, en la guerra de la Liga de Cambrai que concluyó al revés de como había empezado: la Liga que el papa Julio II creó y que unía al rey francés Luis XII, al

emperador del Sacro Imperio Maximiliano I y a Fernando II de España, terminó disolviéndose en 1510 y los Estados pontificios se coaligaron con Venecia para luchar contra Francia, expulsada del territorio italiano dos años más tarde. Las alianzas no tardaron en cambiar, y ya con Francisco I en el trono francés, sus tropas volvieron a pasar los Alpes, pero esta vez en comandita con los venecianos contra el papado; la victoria de Marignan en 1515 pone fin a esta guerra, y el Tratado de Noyon (agosto de 1516) que firman Francisco I y el nuevo rey español Carlos I (en 1519, emperador del Sacro Imperio como Carlos V) consolida las reivindicaciones francesas sobre Milán y las españolas sobre Nápoles y la Navarra francesa. No acabarán ahí las guerras de Francia en Italia, y Pierre Eyquem formó parte de las tropas francesas en varias de sus campañas.

Como hombre del inicial Renacimiento, Pierre Eychem abandonó la tradición comerciante de la familia para seguir la carrera de las armas, en la que continuó después del Tratado de Noyon hasta 1547; su condición de plebeyo había quedado definitivamente atrás: el 30 de septiembre de 1519 ya puede declararse «hombre noble, señor de Montaigne, escudero», hasta culminar en su cargo oficial más honorífico, el de alcalde de Burdeos en 1554. Durante las ausencias militares de su esposo, Antonine se hizo cargo de la hacienda; su fuerte personalidad influyó en su trabajo como «intendente» comprando y cambiando tierras, hasta el punto de mostrarse orgullosa, en su testamento, de haber «bonificado y aumentado» la casa Montaigne. Orgullo que Antonine considera legítimo, y cuya expresión no deja de ser un dardo contra el escaso beneficio que su hijo Michel aportó a la hacienda familiar.

En contacto con humanistas durante las campañas italianas, Pierre Eychem adoptó para su hijo un sistema educativo poco frecuente; enviado a poco de nacer a casa de una nodriza, en Papassus, aldea situada a 50 kilómetros de Burdeos, Michel de

Montaigne agradecerá a su padre esa decisión que tenía por objeto, según sus palabras, conciliarlo «con el pueblo y esa clase de hombres que tienen necesidad de nuestra ayuda (...)». Su designio no salió del todo mal: me consagro de buen grado a los pequeños». Y, como homenaje a Pierre Eyquem, «el mejor de los padres», cumplirá una tarea a la que este lo había encaminado: la traducción del *Liber Naturae sive creaturarum*, del filósofo y teólogo de la universidad de Toulouse y barcelonés de nacimiento Raimundo de Sabunde (Ramón Sibiuda, h. 1385-1436). Insertará todo el texto de la traducción en el libro II (capítulo XII) de los *Ensayos* bajo el título de «Apología de Raimond de Sebonde.»

Pierre de Eyquem conocía los principios que Erasmo había dictaminado para la educación de los hijos, y a ese programa sometió a Michel desde el principio. «El buen padre que Dios me dio me envió desde la cuna, para que fuera educado allí, a una pobre aldea de las que dependían de él y allí me mantuvo tanto tiempo como estuve con nodriza e incluso más allá, acostumbrándome a la más ordinaria forma de vivir» (III, 13)<sup>1</sup>. Más o menos a los dos años, a su regreso al castillo familiar, el niño tendrá un médico alemán como preceptor para que aprenda «las humanidades» y el latín; la lengua de los romanos, que en ese momento era la segunda lengua entre la élite europea cultivada, se convertirá en la lengua materna de Montaigne. Puede parecer estrambótica la decisión paterna y sus secuelas: tanto sus padres como la servidumbre y los vecinos más cercanos estaban obligados a hablar (o chapurrear, al menos) algunas palabras en latín cuando el niño estaba presente. Así educado, con apenas conocimientos de francés todavía a los seis años, como él mismo confiesa, pasó con siete al colegio de Guyenne de Bur-

1. Los números romanos corresponden a los *Ensayos*, divididos en tres libros. Los arábigos, al capítulo.

deos, importante centro de difusión humanista creado por el portugués André de Gouveia (1497-1548), que había sido rector de la Universidad de París en 1533. Los estudios que durante siete años (1539-1546) realizó allí, más los que luego hizo de Derecho en Toulouse (o en París), le permitieron incorporarse al parlamento de Burdeos (1556), donde desempeñará el cargo de consejero durante casi quince años que terminarán por merecerle, cuando se retire, el título puramente honorífico de gentilhombre de la cámara del rey (también lo será de Enrique de Navarra) y ser condecorado por el rey Carlos IX (1550-1574) como caballero de la orden de San Miguel. Desempeñó durante esa etapa «política» de su vida en el parlamento de Burdeos distintos títulos y cargos, empezando en 1554 por el de consejero de la Cour des Aides («asuntos fiscales») del Périgeux, que facilitaron su relación con los principales personajes del parlamento de Burdeos (1557-1570) y con la corte, en especial con Pierre de Villeneuve (1639-1697), marqués de Trans, que facilitó esos cargos y condecoraciones<sup>2</sup>.

En 1577 intervino además diplomáticamente en los enfrentamientos provocados por las guerras de religión, tratando de acercar a través del mariscal de Matignon (1525-1598), teniente general del rey de la Navarra francesa, a este y a su primo, el rey de Francia Enrique III. En la octava guerra de religión luchaba este monarca, asediado por la Liga que formaban los católicos enfrentados al protestantismo y dirigidos por el duque de Guise, y su primo también llamado Enrique, de religión hugonote; no tardaría este en heredar el cetro francés (1589) tras la muerte sin sucesión masculina de Enrique III y después de haberse «convertido», porque, según la frase que se le atribuye, «París bien vale una misa»: los reyes franceses debían ser obligatoriamente católicos. El propio Montaigne confiesa que no fue muy

2. El detalle de los cargos políticos que desempeñó puede verse en la Cronología.

importante su papel como mediador, que lo obligó a salir de su retiro de veinte años; la postura de Montaigne, fiel a ambos reyes aunque enfrentado a la Liga, no deja de tener un punto de ambigüedad dada su adscripción al grupo de católicos moderados.

La muerte de Pierre Eyquem en 1566 y la cuantiosa herencia recibida le permitieron retirarse de las obligaciones políticas y diplomáticas que ejercía para dedicarse al *ocio*, a su afición por los libros —la lectura, luego la escritura— despertada en él durante su estancia en el colegio de Guyenne. Una vez retirado, solo lo sacará de su biblioteca, además de la citada intervención en favor del final de esa guerra de religión, la política de su región natal al asumir el cargo (1581), ya ejercido por su padre, de alcalde de Burdeos, para el que sería reelegido por otros dos años en 1583: durante su mandato hubo de enfrentarse a las luchas entre los católicos ultras y moderados, así como a la delicada situación en que se encontraba el mariscal de Matignon, representante de Enrique III, frente al gobernador de la provincia, el futuro Enrique IV. Durante su segundo periodo como alcalde se ausentó de la ciudad cuando se declaró en Burdeos una peste que, en medio año, causó unas quince mil víctimas; su justificación de esa ausencia y de su negativa a volver fue, según una carta, el temor al contagio; ausencia que los contemporáneos no criticaron, pero que le ha sido reprochada por los comentaristas modernos.

Antes de ese retiro se había producido un hecho capital en la vida y en la obra de Montaigne: su amistad con el abate Étienne de La Boétie (1530-1563), que a los 18 años había escrito (en latín) un breve *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, diatriba contra el absolutismo y la tiranía cuyo manuscrito, aunque conocido por varios amigos e intelectuales, no sería publicado, precisamente por Montaigne, hasta 1572; pero no duró mucho

su difusión: las *Mémoires de l'Etat de France sous Charles Neufiesme* de La Boétie, que contenían el *Discurso*, fueron condenadas y quemadas en Burdeos en 1579. Cuando Montaigne leyó esas pocas páginas del *Discurso* quiso conocer al autor, y en el palacio bordelés de l'Ombrière en el que La Boétie ejercía como magistrado tuvieron sus primeros encuentros probablemente en 1558. Inician ambos entonces una profunda y excepcional amistad basada en hondas afinidades intelectuales y políticas que, cuando se separen, darán lugar a una abundante correspondencia entre ambos. Frases sentenciosas de Montaigne muestran la hondura de esa relación trabada por el filósofo con «el mayor hombre, en mi opinión, de su siglo»; «Si se me presiona para decir por qué lo amaba, siento que eso no puede expresarse», y una aseveración célebre del filósofo será claramente definitiva: «Porque era él, porque era yo»<sup>3</sup>). La temprana muerte de La Boétie («íntimo e inviolable amigo») a los treinta y tres años dejó huella en Montaigne, que heredó la biblioteca y los papeles del abate, y que escribiría sus *Ensayos* teniéndolo siempre en mente<sup>4</sup>. Si en un principio había decidido incluir la *Servidumbre voluntaria* en estos, al final decidió suprimirla, porque podía servir a los protestantes como justificación de sus ataques a la monarquía. La sustituyó por versos de La Boétie en la primera edición, que en ediciones posteriores también desaparecieron.

Hay además otro hecho determinante en su vida: en 1585, hallándose Montaigne en París, recibió la carta de una joven, Marie de Gournay (1565-1645), en la que esta expresaba «la estima que hacía de su persona y de sus libros» y su ardiente de-

3. La frase inicial, añadida con una tinta distinta a un texto anterior, solo contenía la primera parte en la edición de los *Ensayos* de 1588; se completa con otra tinta en el margen de esa edición, recogida en la edición póstuma de Burdeos.

4. Tras heredar la biblioteca y los «papeles» de su amigo, Montaigne entregó al impresor y librero parisino Frédéric Morel para su publicación tanto las traducciones como los poemas en latín y francés de La Boétie que encontró entre ellos.

seo de conocerlo tras haber leído los *Ensayos*, que la habían «transportado de admiración». Al día siguiente del recibo de la misiva, la joven conocía en persona al filósofo, que no tardó en pasar ese verano varias semanas en el castillo de Gournay (en Gournay-sur-Aronde, a poco menos de cien kilómetros de París, departamento del Oise), propiedad de la familia de Marie. Después no volvieron a verse, pero mantuvieron una correspondencia en la que se hace visible la intensa amistad que los unió (él declara «amarla mucho más que paternalmente»... «la vehemente forma en que ella me amó y me deseó mucho tiempo»), y que convirtió a esta «fille d'alliance» («hija electiva»), nombre que le da su «père d'alliance» («padre electivo») en el libro II de los *Ensayos* (capítulo XVII), en «heredera» de los textos de su «padre adoptivo». Marie supo la muerte de Montaigne quince meses después de haberse producido. Fue la viuda del filósofo —con la que en 1594 pasaría quince meses en el castillo de Montaigne— la que le rogó encargarse de la publicación de los *Ensayos* enviándole antes una copia de la edición de 1588, con correcciones y anotaciones manuscritas; Marie se dedicó a esa tarea minuciosamente aumentándolos con un amplio prólogo, defendiendo las ideas expuestas en ellos, traduciendo y referenciando las citas y precisando el texto, al que incorporó observaciones escritas en los márgenes por la mano del autor; de este modo, esa primera edición póstuma (1595) sigue siendo la edición de referencia<sup>5</sup>. Marie de Gournay heredó,

5. Marie Le Jars de Gournay (1565-1645), perteneciente a una familia noble de Picardía, se rebeló contra el código femenino en que eran educadas las hijas de la nobleza. Traductora, poeta, filósofa y filóloga, aprendió latín y griego de forma autodidacta, y además de preparar la edición póstuma de los *Ensayos* y de *El paseo del señor de Montaigne por su hija electiva* (1594), fue autora de una obra propia: además de traducciones de escritores latinos como, entre otros, Ovidio, Virgilio o Salustio, escribió *Égalité des hommes et des femmes* (1622, dedicado a la reina Ana de Austria) que continuó en *Grief des Dames* (1626), donde propugna la igualdad absoluta entre los sexos, y por las que está considerada como precursora del feminismo. Publicó el conjunto de su obra en *Les avis ou les presens de la demoiselle de Gournay* (1641).

además, junto con la biblioteca de Montaigne, la de Étienne de La Boétie; legó ambas, además de la propia, al filósofo François de La Mothe Le Vayer (1588-1672)<sup>6</sup>; todo ello, libros, cuadros y mobiliario, terminó dispersándose. Tanto la biblioteca como el castillo y tierras aledañas serán comprados en 1860 por un ministro de Napoleón III, Pierre Magne (1806-1879), cuyos descendientes siguen abriendo al público tanto el castillo como la torre, clasificados como monumentos históricos de Francia.

Aquejado desde 1578 del mal de piedra, la enfermedad de la que había muerto su padre, Montaigne emprendió el 22 de junio de 1580 un viaje que, en compañía de su hermano menor, su cuñado viudo, su secretario y varios criados, lo llevó por distintos países de Europa en busca de curas termales que aliviaran ese mal; con este objeto ya había viajado antes, además de utilizar pociones, a distintos puntos de Francia conocidos por sus aguas y sus baños, como Aquitania, Dax, el Béarn o el Gars. Pero también declara otros motivos para ese viaje: huir de las guerras de religión y de «las espinas domésticas» y de «los deberes de la amistad marital». Dos días antes de esa partida se había iniciado, durante la séptima guerra de religión, el asedio de La Fère, tomada por sorpresa el año anterior por el príncipe de Condé y ocupada por la Liga: Montaigne y su séquito intervendrán en esa dura reconquista que, del 20 de junio al 31 de agosto, costó la vida a 4.000 asaltantes y a 800 sitiados, pero devolvió La Fère a las tropas reales dirigidas por el mariscal de Matignon (1525-1598), quien precisamente sucedería a Montaigne en la alcaldía de Burdeos. Tras su paso por La Fère, se

6. Padre de su homónimo (1627-1664); este abate y escritor fue amigo, entre otros, de Boileau, que le dedica su IV Sátira, y de Molière, quien dirigió al padre un soneto de condolencia («¡A las lágrimas, Le Vayer, deja tus ojos abiertos!») en el momento de la repentina y temprana muerte del hijo causada por una fiebre continua; Molière permitía que el joven abate Le Vayer «fuera a sus camerinos, y era él quien ponía paz entre ellas [las actrices]. Porque a buen seguro siempre están peleándose».

dirigió a través de Lorena, Suiza, el Sur de Alemania y el Tirol a Italia, donde conseguiría el estatuto de ciudadano romano; de paso por Ferrara visitará al poeta Torquato Tasso, recluso en el hospital de Santa Ana (1579-1586) por su protector, el duque Alfonso de Este, temeroso de las consecuencias que las obsesiones místicas y religiosas del poeta podían causar a la familia ducal. Al entrar en Roma, las autoridades eclesiásticas requisarán un ejemplar de los *Ensayos*; tendrá una audiencia con el papa Gregorio XI el 21 de diciembre de 1580; tres meses más tarde, cuando se despida de Roma, recuperará el ejemplar de los *Ensayos* con el consejo por parte de la censura de suprimir o corregir determinados puntos «demasiado licenciosos». En septiembre del año siguiente, durante su estancia en Lucca para tomar los baños tras pasar por Florencia y Pisa, recibía la noticia de su elección como alcalde de Burdeos; aunque en principio se negó, no tardó en ser informado de que el rey Enrique III estaba encantado con la elección y lo conminaba a ejercer el cargo. La narración del viaje, casi la mitad redactada en italiano, fue escrita también, hasta la llegada a Roma, por un secretario desconocido, al que se supone que Montaigne dictaba sobre la marcha sus ideas, la evolución de su enfermedad y notas de todo tipo, desde geográficas a descripciones de monumentos de las ciudades o la diferencia de costumbres entre las regiones y países que atraviesa. También en el resto hay fragmentos en italiano, lengua en la que Montaigne quería ejercitarse. El texto del *Viaje*, descubierto en 1770, sería editado por primera vez en 1774 de forma muy rudimentaria, y habría que esperar a finales de siglo a la edición de Alexandre d'Ancona para una lectura con traducción fiel de las partes en italiano<sup>7</sup>.

7. Ediciones recientes: *Journal du voyage en Italie*, ed. de Fausta Garavini, Folio Classique, 1983. *Diario de viaje a Italia*, edición de Santiago R. Santerbás, Cátedra, 2010. *Diario del viaje a Italia. Por Suiza y Alemania (1580-1581)*, trad. De Jordi Bayod Bau, 2020, Acantilado.

La muerte del padre y su abandono en 1571 de sus obligaciones en el parlamento bordelés permiten a Montaigne dedicarse a su pasión más intensa, que trataba de cumplir desde hacía años: el retiro en su castillo, cuya fecha inicial hace gravar en latín: «El año de Cristo de 1571, a la edad de treinta y ocho años, la víspera de las calendas de marzo, aniversario de su nacimiento, Michel de Montaigne, desde hace mucho harto de la esclavitud de la corte y de los cargos públicos, sintiéndose todavía en pleno vigor, vino a descansar en el seno de doctas vírgenes, en la calma y la seguridad; franqueará aquí los días que le quedan por vivir. Esperando que el destino le permita activar la construcción de este edificio, dulces retiros paternales, lo consagrará a su libertad, a su tranquilidad y a sus ocios».

### *Los Ensayos*

No será un retiro completo, lo sacarán de él nuevas misiones diplomáticas en las que trata de apaciguar querellas entre católicos y protestantes —acoge en su castillo a Enrique III de Navarra en 1583 y 1597, así como el viaje a Italia—. Se instaló en las cinco habitaciones de la torre del castillo, que su padre había construido con intenciones defensivas; y, con capilla incluida en la planta baja, se preparó para dedicarse al estudio y la escritura una biblioteca en la torre de su castillo, donde «paso la mayor parte de los días de mi vida y la mayor parte de las horas del día... Allí hojeo tan pronto un libro como otro, sin orden ni propósito; tan pronto pienso como anoto, paseando, mis pensamientos que os entrego». Del último piso de la torre había hecho su despacho, al que se retiraba para leer y escribir; en las vigas de esa *librairie*, dedicada a La Boétie y decorada con cuadros mitológicos, mandó escribir (pintar) hasta 66 sentencias latinas y griegas de distinto carácter.

Cuando al principio titula sus escritos como *Essays*, el término no tiene todavía la significación del género literario que

más tarde asumió. Sabedor de que es, ante todo, un gentilhomme, un diplomático discreto y oficioso, un político local que ha mantenido relaciones privilegiadas con la nobleza y ha participado en las guerras de religión, parece mostrar cierta humildad por adentrarse en un terreno tan ajeno como era la escritura entre los de su clase. Sin embargo, en la primera edición inscribe en el título completo su condición: *Ensayos de Michel, señor de Montaigne*; en la de 1582, esa apostilla ha aumentado con la expresión de sus títulos: «Caballero de la orden del Rey, y gentilhombre ordinario de su cámara, alcalde y gobernador de Burdeos». Pero de esa exhibición de clase se desmarca con la propuesta que quiere hacer y que explícita: no es un poeta ni un gramático, simplemente alguien que «ensaya» la expresión de sus «fantasías, con las que no trato de dar a conocer las cosas, sino a mí» (II, 10). No ensaya por lo tanto la descripción del yo exterior, de las «acciones» de su vida, ni unas «confesiones» al modo de las que había publicado san Agustín y que luego escribirá magistralmente Jean-Jacques Rousseau, ni tampoco unas «memorias», género al que ya se habían dedicado diversos autores. Solo escribe atreviéndose «no solo a hablar de mí, sino solo de mí». Por supuesto, no olvida su tiempo, especialmente las costumbres nocivas para la vida en sociedad: desde la cantidad de duelos que desangraban a parte de la nobleza, hasta la crueldad que reinaba durante las guerras civiles, la arbitrariedad de la justicia («lo menos malo que la humana debilidad haya podido inventar»), las hogueras, la brujería, la invasión de América por los españoles y la consiguiente destrucción de las culturas inca y azteca, etcétera, propugnando la tolerancia en el momento más álgido de la polarización política entre la Liga católica y los protestantes, sin por ello salirse de sus ideas que rechazaban las «novedades» y proclamaban como necesario el orden y la paz estabilizadora. Algunos de sus pensamientos evolucionarán de tal forma que en «De la conciencia» (II, 5) el

tema de la tortura se verá ampliado y modificado, con un carácter más decidido en las últimas correcciones y ampliando sus argumentos éticos con los técnicos.

A medida que avanza en los *Ensayos* se ve al autor preocuparse por hablar de sí, tanto de sus enfermedades como de sus placeres, aunque alude poco de manera concreta a sus aventuras amorosas o a las relaciones que mantuvo con su esposa; no es, de todas formas, una confesión de vida explicada de forma coherente: sus «fantasías» van de acá para allá, tocando temas dispares a veces en medio de un mismo ensayo. Su constante relectura de lo escrito y publicado le permite añadir («pero no corrijo»), mientras elabora su pensamiento teniendo por referencia, o motivo desencadenante, alguna idea sacada de los clásicos grecolatinos: de ahí la cantidad de citas, que denuncian el origen que ha dado lugar a sus pensamientos; elaboración discontinua, pero constante, de unos textos que terminarán creciendo de manera exponencial en la edición póstuma de Marie de Gournay. Esa libertad en sus relecturas le permite contradecirse, para acercarse a la verdad que en cada momento persiguen sus ideas. Asume esa contradicción con naturalidad, como algo inherente al pensamiento humano, a la manera en la que siglos más tarde lo hará Walt Whitman para afirmar la total libertad individual: «¿Me contradigo acaso? / Muy bien, me contradigo»<sup>8</sup>. La sequedad de los ensayos del libro primero puede sorprender, pero, de hecho, esas mismas ideas básicas conformarán el meollo de los siguientes, ya más sopesadas, más analizadas, con un giro más personal cada vez en su exposición.

Si Montaigne no se quiso «filósofo», a imitación de un maestro en sabiduría como Sócrates, varios siglos de cultura francesa también quisieron que no lo fuera; su obra era literatu-

8. Walt Whitman, *Song of Myself*, poema 51.

ra y materia de filólogos y escritores, por pertenecer los *Ensayos* supuesta y exclusivamente a las «Bellas letras»; todo lo más, respondía a intenciones éticas y no metafísicas; como las *Obras morales* de Plutarco, una de sus guías, se dedicaba a mezclar anécdotas con glosas o comentarios sobre ellas. No fue hasta 1990 cuando los estudios filosóficos de la Universidad francesa lo asumieron como materia de su estudio, un estudio filosófico que tampoco deja de lado su parte literaria y poética. Es en ese cruce de literatura y filosofía, en última instancia de vida y pensamiento, donde Montaigne podría reconocerse, porque, como él quería, sus ensayos no pretendían ser otra cosa que una «conversación entre amigos»: por ejemplo, el punto de partida de un hecho personal; por ejemplo, una caída del caballo sufrida por Montaigne, el texto se orienta, no hacia una reflexión centrada en su persona, sino hacia consideraciones sobre la respuesta del hombre ante la adversidad. Esa conversación sobre múltiples temas de la vida real, de las costumbres, hechas para amigos y entre amigos es lo que constituye la modernidad de Montaigne, dado que en muchos de los aspectos que trata y sobre los que expresa su opinión, bastante moderada en ocasiones, bastante pacificadora, sigue siendo en el siglo XXI un generador de ideas benéficas y provechosas.

M. Armiño

## Nota de edición

Sigo para la traducción de esta antología de los *Ensayos* de Michel de Montaigne el texto de la edición póstuma de 1595, al cuidado de Marie de Gournay, «hija de alianza» del autor; la viuda de Montaigne le encargó organizarla a partir de un ejemplar de la edición de 1588 que el pensador había preparado para una nueva impresión, con correcciones y añadidos de su mano. El método empleado no era nuevo: a las sucesivas ediciones de su libro, Montaigne fue sumando capas de añadidos, correcciones, y arrepentimientos incluso que fueron engrosando el libro. Sobre otro ejemplar de la edición de 1588, Montaigne fue añadiendo, desde el verano de ese año hasta el de su muerte, múltiples correcciones y retoques —más de 1300 intervenciones autógrafas, a veces muy cortas, de unas palabras, otras ocupan todo el espacio en blanco que deja la página—: se trata del llamado «Ejemplar de Burdeos», muestra excepcional de la forma de trabajo del autor, siempre en constante evolución.

Los editores recientes de los *Ensayos* se han dividido a la hora de elegir entre el texto póstumo de Gournay y el ejemplar de Burdeos, desconocido durante más de cuatrocientos años.

Fue en 1802 cuando Jacques-André Naigeon lo editó por primera vez. En ese duelo de ediciones y de textos, me he decidido por el póstumo de 1588 porque ese ha sido el Montaigne que se ha conocido durante más de doscientos años, asumiendo los cortes ya tradicionales de párrafos en vez del texto continuado de 1588. Sigo, pues, sus ediciones más recientes dirigidas por Jean Céard («La Pochothèque», 2001) y por Jean Balsamo y otros («Bibliothèque de la Pléiade», 2007), aunque he tenido a la vista la de Pierre Villey, que sigue el ejemplar de Burdeos (PUF, 1914; PUF, Villey-Saulnier, 2004). Ha resultado difícil resistirse a la tentación de incluir alguna de las variantes que aporta el ejemplar de Burdeos por algunas de sus interesantes confesiones autobiográficas, pero habrían roto la unidad del texto de Marie de Gournay.

Traduzco a pie de página las citas literarias en latín, griego o italiano del original, y anoto las figuras históricas y las referencias geográficas a las que Montaigne alude de la forma más escueta posible. Por último, este trabajo de anotación habría sido imposible sin las excelentes ediciones y diccionarios sobre Montaigne citados en la Bibliografía.

M. Armíño

# Ensayos: una antología



## Al lector

Este es un libro de buena fe, lector. Te advierto desde el principio que no me he propuesto otro fin que el familiar y privado. No he tenido consideración alguna por tu servicio ni por mi gloria: mis fuerzas no son capaces de semejante propósito. Lo he dedicado al uso particular de mis parientes y amigos, a fin de que, cuando me hayan perdido (cosa que harán pronto), puedan encontrar de nuevo en él algunos rasgos de mis cualidades y de mi carácter, y así alimenten de forma más completa y más viva el conocimiento que han tenido de mí. Si lo hubiera escrito buscando el favor de la gente, me habría adornado mejor con bellezas prestadas. Quiero que en él se me vea en mi manera de ser simple, natural y ordinaria, sin afectación ni artificio: porque es a mí mismo a quien pinto. Mis defectos se leerán en vivo, mis imperfecciones y mi forma natural, tanto como la decencia pública me lo ha permitido. De haber vivido en esos pueblos que, según dicen, aún viven de acuerdo con la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza, te aseguro que me habría pintado de buen grado por completo y totalmente desnudo. Así, lector, yo mismo soy la materia de mi libro; no hay razón